

29 de junio: Santos Pedro y Pablo

6 de julio: D. 14 del tiempo ordinario / C

13 de julio: D. 15 del tiempo ordinario / C

20 de julio: D. 16 del tiempo ordinario / C

Otros materiales:

La esperanza no defrauda

El verano, otro ritmo para vivir la intensidad del Evangelio

Con el verano, se termina el curso escolar y muchas actividades habituales se detienen. Aun así, la vida de fe, de la comunidad parroquial y de la liturgia no se detienen. Al contrario: este tiempo puede convertirse en una oportunidad para profundizar en la relación con Dios y redescubrir la riqueza de su Palabra.

El 29 de junio tenemos una de las fiestas más significativas: la solemnidad de San Pedro y San Pablo. Solemnidad evoca el carácter y la esencia apostólica de nuestra fe, la misión de la Iglesia y el testimonio de los apóstoles. Tal como dice Jesús a Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18), recordándonos la solidez de nuestra fe.



Retomamos el tiempo ordinario siguiendo el evangelio según san Lucas, que nos invita a profundizar en la misericordia de Dios y en el camino del discípulo que sigue a Cristo con fidelidad y confianza. Los primeros tres domingos de julio leeremos casi la totalidad del capítulo 10 del evangelio de san Lucas: el episodio del envío de los setenta y dos discípulos (domingo XIV), la parábola del buen samaritano (domingo XV) y la estancia de Jesús con Marta y María (domingo XVI).

El ritmo pausado del verano puede servir para una lectura reposada de la Palabra de Dios, que es siempre fuente de vida, luz y sabiduría. Además, los desplazamientos veraniegos pueden ser en una oportunidad para conocer a otras comunidades cristianas y participar en sus celebraciones. Descubrir diferentes realidades eclesiales nos enriquece y nos recuerda la universalidad de la Iglesia. El lema del Jubileo 2025, «Peregrinos en la esperanza», nos invita a fijarnos en la esperanza y la misericordia de Dios. Un verano para crecer en la fe, vivir la liturgia con renovado entusiasmo y descubrir la presencia de Dios en los diferentes caminos de la vida.

Nicea, el primer concilio y su actualidad

Todos los concilios han sido siempre un momento eclesial intenso. En ellos vemos un punto de llegada y otro de salida. La Iglesia ha tenido en estos acontecimientos a los referentes necesarios para seguir descubriendo qué quiere Dios. Se trata de acontecimientos eclesiales en los que convergen todo tipo de inquietudes, reflexiones, sensibilidades e intereses. Todos los que participan hacen su aportación, y todas las intervenciones, por más distintas que sean, deben considerarse y situarse en su lugar. La historia y sus estudiosos serán quienes después juzgarán, investigarán y harán las valoraciones correspondientes para acabar de situar el concilio en el marco general de una comprensión adecuada. Y el pueblo fiel, verdadero protagonista de la historia de la salvación, será quien hará la recepción, si es que esta se acaba haciendo.

Cada concilio ha venido precedido siempre por preocupaciones y dificultades. La vida cristiana tiene sus complejidades, y mucho más cuando la vivencia de la fe no genera relaciones con personas que piensan distinto.

Los concilios no solo abordan cuestiones internas, sino que también tratan de acontecimientos externos a la misma Iglesia, que de alguna manera la influyen, con más o menos intensidad. También cabe decir que cada

concilio establece e intuye sus propios caminos de resolución, con más o menos acierto, y es que cada concilio es hijo de su tiempo.

Nicea es el gran momento de la confesión. De su convocatoria y celebración se deriva el *credo*, el primero que fue asumido por todos los obispos, representantes de sus Iglesias

locales, y que nos permite reconocer a Dios como Padre de todos, a Jesús como verdadero Hijo, y al Espíritu como lo que nos hermana en una verdadera fraternidad universal. En la confesión de la fe expresamos un «creemos», como dice el papa Francisco en su convocatoria jubilar. Se trata de un «nosotros» universal, con el cual nos reconocemos para proseguir nuestro camino. De hecho, los textos finales de un concilio son una invitación para seguir profundizando y saboreando el gozo de la fe. La ca-



tolicidad no proviene exclusivamente de un sentido extensivo, cuantitativo del término, sino también en un sentido intensivo, cualitativo, es decir, por la profundidad al formular en el credo lo que creemos

Los 1700 años de la convocatoria de Nicea han dado pie a la convocatoria de muchos congresos. Nicea fue el primero de los concilios. Muchos centros académicos de todos sitios han fijado su atención y reflexión en este gran acontecimiento. El Ateneu Sant Pacià no podía no hacerlo, al contrario, debía recordar, seguir y actualizar todo lo que Nicea aportó. El congreso de los días 19, 20 y 21 de febrero, nos ha ofrecido una mirada precisa, académica y poliédrica. Desde el campo de la arqueología, la filosofía, la historia, la liturgia, y obviamente la teología, con sus distintas ramas (eclesiología, homilética, catequesis, derecho, sacramentaria, ecumenismo, Biblia...) nos ha ayudado a adentrarnos en los textos finales de Nicea, en sus 20 cánones, y el credo que nos ha llegado. Se han hecho aportaciones notabilísimas. Esta es la riqueza y el valor altísimo del congreso que el Ateneu ha planteado. Necesitamos estos espacios para escucharnos y para seguir motivando el estudio desde una mirada plural y profundizada. Los hechos del pasado, o incluso los acontecimientos presentes, son complejos y requieren esta pluralidad y precisión, esta percep-

ción compartida y enriquecida por la ciencia teológica.

Sabemos, además, que un concilio no trata solo una cuestión. Son bien distintas las referencias y las problemáticas que afloraron en Nicea, desde la cuestión arriana, centrada en la identidad teológica de Jesucristo, pasando por la readmisión de los cristianos que a causa de las persecuciones no confesaron la fe, la cuestión del establecimiento de una fecha para la celebración de la Pascua, la presencia de un solo obispo para cada ciudad, la estructuración y relación entre las Iglesias locales y las sedes patriarcales, hasta llegar a la relación de la Iglesia con el estado.

Nicea fue el primer concilio que definió nuestra identidad católica. ¿Qué tiene que ver lo que dijo Nicea con nuestro hoy? Una sociedad, la nuestra, que no quiere saber demasiado de Dios, y lo tiene presente intermitentemente, ¿desde dónde construye su identidad? Nicea nos recuerda, pues, el Dios de Jesús, un Dios que se encarna, que se implica en la historia y, por tanto, que acepta la temporalidad, un Dios que no anula nuestra identidad, sino que la fortalece y la acompaña a través de su Hijo. Nicea nos remite, de nuevo, a fijarnos, en Jesucristo, centro de nuestra fe, de nuestra historia, de nuestra vida.

DANIEL PALAU

Presbítero de la diócesis de Sant Feliu de Llobregat

La esperanza del Jubileo 2025

El papa Francisco ha dedicado el Año Santo Jubilar del 2025 a la virtud de la esperanza y de la paciencia, conceptos básicos en años de guerra y de profunda crisis como los que vivimos. En el texto de la Bula *Spes non confundit* (La esperanza no defrauda), el Papa recuerda que «la esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del corazón de Jesús traspasado en la cruz», y que «el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza». Partiendo de esta esperanza y de la paciencia, el papa Francisco expresa que «la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza».

Fijémonos en cómo el Papa describe la esperanza actualmente: «Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémoslos conducir por lo que el apóstol

Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma (la esperanza no puede defraudar, Rom 5,5)».

Y sobre la paciencia dice: «Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón. Asimismo, en la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el "aquí y ahora", la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su *Cántico de las criaturas*, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol "hermano" y a la luna "hermana". [...] La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene».

LA ESPERANZA NO DEFRAUDA (Rom 5,5)



Con fecha del 9 de mayo de 2024, el papa Francisco publicó la bula con la que convocaba el Jubileo 2025 (*Peregrinos de esperanza*). Presentamos aquí la selección de algunos fragmentos de este documento, que lleva por título *La esperanza no defrauda* (Rom 5,5), con unas preguntas para reflexionar individualmente o en grupo.

1 Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión para reavivar la esperanza.

5 Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubri-

miento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los *peregrinos de esperanza* recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar.

8 ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los

que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios».

9 Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente.

10 En el año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los *presos* que experimentan cada día el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto.

11 Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales.

12 También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los *jóvenes*. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir.

13 No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos

y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones.

14 Signos de esperanza merecen los *ancianos*, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono.

15 Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de *pobres*, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir.

15 Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas».

18 La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las *virtudes teologales*, que expresan la esencia de la vida cristiana.

19-20 ¿Cuál es el fundamento de nuestra espera? Creo en la *vida eterna*. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe.

23 La *indulgencia*, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios.

23 Resuenan con su carga de consuelo las palabras del salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias [...]. El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados, [...] así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente».

25 Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria –tanto en la Iglesia como en la sociedad– en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levedura de genuina esperanza.

25 Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor».

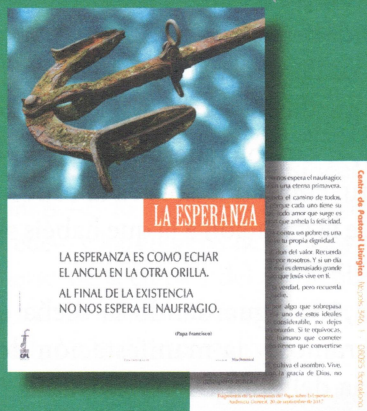


Cuestionario para la reflexión:

- ◇ ¿Qué personas en nuestras parroquias y en nuestro entorno corren el riesgo de vivir desesperanzados?
- ◇ Esta realidad, ¿cómo nos afecta y cómo la vivimos desde la fe?
- ◇ El papa Francisco nos dice que no podemos conformarnos con una vida mediocre o de subsistencia. ¿Qué tiene que ver esto con la esperanza y con nosotros?

Otros materiales sobre la esperanza:

- ◇ Cartel MD
- ◇ Hojita MD



Ofrecemos aquí un recopilatorio de citas bíblicas en las que aparece la virtud de la esperanza.

Rom 5,4: La paciencia, virtud probada, la virtud probada, **esperanza**.

Rom 5,5: Y la **esperanza** no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Rom 12,12: Que la **esperanza** os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración.

Rom 15,13: Que el Dios de la **esperanza** os colme de alegría y de paz viviendo vuestra fe, para que desbordéis de **esperanza** por la fuerza del Espíritu Santo.

1Cor 13,13: En una palabra, quedan estas tres: la fe, la **esperanza** y el amor. La más grande es el amor.

Ef 1,18: Que os ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la **esperanza** a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

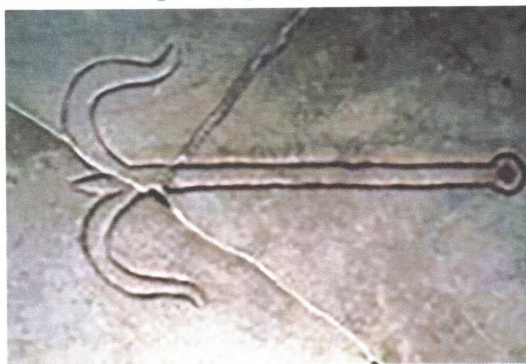
Ef 4,4: Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la **esperanza** de la vocación a la que habéis sido convocados.

Tt 2,13: Aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo.

Heb 6,11: Deseamos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra **esperanza**.

Heb 6,18-19: aferrándonos a la **esperanza** que tenemos delante, la cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina.

Arte paleocristiano (s. I-IV): El símbolo del ancla hace referencia a la cruz de Cristo, en las primeras lápidas sepulcrales es un símbolo de seguridad y esperanza.



1Pe 1,21: por medio de él, creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, de manera que vuestra fe y vuestra **esperanza** estén puestas en Dios.

1Pe 3,15: glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra **esperanza**.

1Jn 3,3: Todo el que tiene esta **esperanza** en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Otro punto central de la Bula es cuando el papa Francisco nos invita a transformar los signos de los tiempos, que son los acontecimientos que pasan, en signos de esperanza, empezando por la paz en el mundo. Así, recuerda que «la exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos». Apuesta claramente por la paz y la abolición de la pena de muerte. El año jubilar, dice el Papa, tiene que llevar esperanza a los presos, a los enfermos, a los jóvenes, a los inmigrantes, a los mayores y a los pobres, dando un repaso muy exhaustivo del texto.

Además, este Jubileo del 2025 coincide con el 1700 aniversario del primer Concilio ecuménico de Nicea, por lo que el papa Francisco presenta el Jubileo como una oportunidad «para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo... El próximo Jubileo, por tanto, será un año santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria –tanto en la Iglesia como en la sociedad– en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación».

El Papa también espera que este año represente una mayor unión entre los cristianos de Oriente y de Occidente, dado que en este 2025 coincidimos en la fecha de la celebración de la Pascua, mientras esperamos «un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua». Francisco también recuerda que dentro de ocho años, volveremos a celebrar otro año santo extraordinario en 2033, en motivo del segundo milenio de la redención: de la muerte y resurrección de Jesús.

Tal como señala la Bula, «la esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las "virtudes teologales", que expresan la esencia de la vida cristiana. En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana... "Creo en la vida eterna": así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, "es la virtud teologal por la que aspiramos la vida eterna como felicidad nuestra". El Concilio ecuménico Vaticano II afirma: "«Cuando faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas –es lo que hoy con frecuencia sucede–, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación"».

FRANCESC ROMEU

San Pedro y san Pablo

La Iglesia de Roma ha celebrado desde muy antiguo la solemnidad de San Pedro y san Pablo, los príncipes de los apóstoles, que murieron y fueron sepultados en la Urbe. Sus tumbas, actualmente en la basílica de San Pedro del Vaticano y la de San Pablo Extramuros, aún son meta y lugar de oración para los peregrinos de todo tipo que se dirigen a la Ciudad Santa. Estos peregrinos incluyen desde los obispos que periódicamente hacen la visita *ad limina apostolorum*, es decir, la visita al umbral de las tumbas de los apóstoles, hasta los fieles que, en grupo o en privado, quieren confirmar su fe ante la tumba de los que fueron los primeros en confesarla y propagarla.

Celebramos San Pedro y san Pablo como el ejemplo más claro de uno de los rasgos de la Iglesia que proclamamos en la profesión de fe: que sea *apostólica*. Esto significa que creemos que Cristo ha resucitado y se sienta a la derecha del Padre, porque nos creemos el testimonio de los apóstoles, de aquellos hombres que convivieron y comieron con Él cuando se les apareció resucitado de entre los muertos. Por eso, la antífona de introducción de la misa canta: «Estos son los que, mientras estuvieron en la tierra, con su sangre plantaron la Iglesia: bebieron el cáliz del Señor y lograron ser amigos de Dios».

Merece la pena subrayar la dimensión cristológica de la solemnidad de hoy. Leyendo los textos, tanto de las lecturas bíblicas como de las oraciones, la litur-

gia, destaca la confesión de fe de Pedro y de Pablo. En el caso de Pedro, es la respuesta del apóstol a la pregunta de Jesús: «Pedro dijo a Jesús: "Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo"». Jesús le respondió: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"» (1ª antífona de las primeras vísperas y antífona del canto de comunión). En relación con san Pablo, hace referencia a su trabajo evangelizador, principalmente entre pueblos paganos: «Tú eres un instrumento elegido, apóstol san Pablo, anunciador de la verdad por el mundo entero» (3ª antífona de las I Vísperas). Pablo es llamado *maestro de los gentiles*, *doctor orbis* (doctor/maestro del mundo), mientras que Pedro es designado como *Ianitor caeli* (portero del cielo) (Himno de las I Vísperas). El núcleo y el objetivo de toda celebración litúrgica es el Señor resucitado, el *Kyrios*, que es Uno con el Padre y el Espíritu Santo («Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir; yo he de gloriarme en la cruz de nuestro Señor Jesucristo», 2ª antífona de maitines; «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo», antífona de comunión). Esta realidad cristológica es básica en la fe de todos los creyentes y su confesión nos une en un solo Espíritu. El resto, como el «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (2ª parte de la antífona de comunión), son sus consecuencias, que dependerán del carisma que cada uno reciba del Espíritu Santo.

IGNASI FOSSAS

La liturgia: fuente y cumbre de la vida cristiana

La importancia de la celebración litúrgica es tal, que es el punto de llegada de toda la vida de la Iglesia: su acción evangelizadora y sus actividades pastorales deben desembocar en la celebración de la fe que se da en la liturgia. En palabras del propio Concilio: «La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia» (*Sacrosanctum Concilium* 10). Las razones que expone la constitución para esto son que «los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor» (*Sacrosanctum Concilium* 10).

La liturgia tiene por eso una función centralizadora y unificadora de todas las actividades de la Iglesia. La evangelización y la catequesis no son fines en sí mismas, sino que tienden a llevar a los hombres a la plena comunión con Dios, a participar en la salvación, operada en Cristo y hecha presente en la celebración litúrgica.

Pero también «la liturgia es la fuente de donde mana toda la fuerza [de la actividad de la Iglesia]»; «de la liturgia [...] mana hacia nosotros la gra-

cia como de su fuente» (*Sacrosanctum Concilium* 10). Los cristianos, encendidos a través de la liturgia en el amor de Dios, deben anunciar a los demás aquello que han visto y contemplado, testimoniar en la vida lo que han recibido por la fe. Esta centralidad deberá ser tenida presente en todas las acciones catequéticas y pastorales de la Iglesia.

Dirá a este respecto el papa Francisco en su Carta apostólica sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios *Desiderio desideravi*: «No hay ningún aspecto de la vida eclesial que no encuentre su culmen y su fuente en ella. La pastoral de conjunto, orgánica, integrada, más que ser el resultado de la elaboración de complicados programas, es la consecuencia de situar la celebración eucarística dominical, fundamento de la comunión, en el centro de la vida de la comunidad». Pero no se pueden entender estas palabras como si todo se redujera al aspecto cultural, ya que «una celebración que no evangeliza, no es auténtica». E igualmente no es auténtico «un anuncio que no lleva al encuentro con el resucitado en la celebración» (núm. 37).

El «buen vivir»

Dejando atrás el tiempo de Cuaresma –incluso el tiempo pascual–, es un momento oportuno para una mirada no-condicionada sobre las prácticas tradicionales de aquel tiempo que nos dirige a celebrar la Pascua. Son unas prácticas que ayudan a vivir si arraigan en nosotros como estilo de vida. Y, al contrario, unas prácticas que quizá (¡pero vete a saber!) no sirvan para nada si son reducidas a normas que se tienen que cumplir solo unos cuantos días. No serían buenas, eso seguro, si fueran ocasión para la hipocresía, tal como denuncia Jesús contundentemente (Mt 6,1-18).

Los pueblos indígenas de la Amazonía le ponen nombre a este estilo de vida: el «buen vivir». Ahora hace unos seis años que el Sínodo de los Obispos dedicó sus trabajos al camino de la Iglesia en aquellas tierras. Y, desde el documento preparatorio hasta la exhortación *Querida Amazonía*, con la que el papa Francisco asumió las conclusiones del Sínodo, ese «buen vivir» estuvo presente. Francisco escribía lo siguiente:

Los pueblos indígenas amazónicos expresan la auténtica calidad de vida como un «buen vivir» que implica una armonía personal, familiar, comunitaria y cósmica, y que se expresa en su modo comunitario de pensar la existencia, en la capacidad de encontrar gozo y plenitud en medio de una vida austera y sencilla, así como en el cuidado responsable de la naturaleza que preserva los recursos para las siguientes generaciones. Los pueblos aborígenes podrían ayudarnos a percibir lo que es una feliz sobriedad y en este sentido tienen mucho que enseñarnos. Ellos saben ser felices con poco, disfrutan los pequeños dones de Dios sin acumular tantas cosas, no destruyen sin necesidad, cuidan los ecosistemas y reconocen que la tierra, al mismo tiempo que se ofrece para sostener su vida, como una fuente generosa, tiene un sentido materno que despierta respetuosa ternura. Todo eso debe ser valorado y recogido en la evangelización. (QA 71)

La tríada limosna–oración–ayuno pretende un «buen vivir»: que vivamos bien, que todos vivamos bien, y que vivamos bien no solo cuarenta días, sino siempre. Pensemos en ello.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ☎ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicació: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975